

Galería de hijos del Colegio

FRANCISCO JOSE DE CALDAS

(Continúa)

CALDAS, que era sabio como Platón, en las profundas meditaciones en que se sumergía su espíritu, había adivinado la inmensa transformación política de que sería objeto el continente americano, porque poseía el dón propio solamente de las grandes inteligencias, de los hombres predestinados para hacer la felicidad de los pueblos: el dón de presentir el porvenir de su patria; había visto dibujarse en el horizonte de la colonia un rayo de luz: la libertad pronto se erguiría victoriosa sobre las ruinas del despotismo, porque él muy bien veía que aquellas gloriosas palabras: libertad, igualdad, fraternidad, habían atravesado el azul del mar y sacudían sus alas de oro en la oscuridad de la colonia. Su luz se iba infiltrando poco á poco en la conciencia pública, y contra ella los satélites del soberano no podían poner guardia.

Esto pensaba el sabio, y soñaba el cumplimiento de los hechos irremediables que con el tiempo llegaría; soñaba aquella alma, toda amor por su patria, en verla libre, y comprendía, mejor que nadie, que la tiranía y la ciencia, que desde medio siglo antes habían plantado su estandarte en América, se excluyen.

En todos los escritos y cartas de CALDAS anteriores al *20 de Julio de 1810*, se adivina que su alma sufría algún tormento; algo que le impedía elevarse más; se trasluce en sus palabras esa tristeza de los espíritus que sueñan con un ideal que no han podido alcanzar; en sus deseos se nota algo que esperaba todavía; como que para él todo era incompleto sin la libertad, y jamás su corazón quedaba satisfecho. Pero el *20 de Julio de 1810*, CALDAS vio que los rayos del sol, por que tanto suspiraba, habían atravesado las espesas nubes y señoreaban en su patria, que ponían alegría en todos los labios y felicidad en todos los corazones.

Y él fue feliz; aquel día sus pupilas negras brillaron de alegría, y en su boca, predestinada para la verdad, se dibujó la sonrisa de la satisfacción que experimentaba, y brotó de su pluma

el elocuente verbo que debía completar la obra de iluminar al pueblo.

En aquel supremo momento, en que todos los destinados para la gran revolución se apresuraban á distribuirse las obligaciones que á cada uno tocaban para cumplir con el deber, CALDAS con don Joaquín Camacho, aquel profundo jurisconsulto, hijo de Tunja, lumbrera de nuestra patria, tomaron para sí la misión más grande, más importante, más delicada y más gloriosa: la misión de periodistas.

Ellos fueron los destinados á ser guías de los acontecimientos, los encargados de escribir para la posteridad la historia de los hechos.

Mientras José Acebedo Gómez y José María Carbonell dejaban resonar su voz como tribunos de aquella multitud loca de júbilo; mientras Camilo Torres, Frutos Joaquín Gutiérrez, Omaña, Rosillo, etc., llamaban á sus compatriotas á la organización de la Suprema Junta, y Groot ponía á disposición del nuevo gobierno los armas que, en calidad de oficial real, guardaba en el antiguo palacio de los virreyes, CALDAS con su autorizada y grave pluma, templada al más puro fuego del patriotismo, toma datos y escribe magistrales artículos para llevar á las columnas del *Diario Político*, periódico á cuya cabeza de redacción se puso, y que apareció en aquellos momentos, únicos en nuestra historia nacional, como una redención; las ideas que de él emanaban iban á posarse en la opinión de aquel pueblo inexperto, que apenas gozaba de los dones de la libertad, pero que no sabía comprenderla; aquel pueblo necesitaba de la prensa, necesitaba de la indicación, del consejo de los sabios.

Y CALDAS escribió entonces palabras sublimes, palabras salidas de ese pecho que sentía un desahogo de felicidad; su pluma podía escribir lo que le dictara su conciencia en materia de ideas políticas, sin temor de ir á los arsenales de Cádiz á pagar su crimen, con las manos encadenadas, sin tener que presentar los manuscritos al virrey, ni sujetar sus opiniones á las del gobierno.

Al arrebatarse á CALDAS la libertad, su dignidad de hombre había sido ultrajada, y en aquel día la Providencia y la Justicia Eterna le restituyeron ese precioso dón; CALDAS ya era libre!

Encargado, pues, con Camacho de la redacción del *Diario Político*, el 27 de Agosto de aquel año apareció el número 1.º,

cuya presencia llenó de gozo al público, que en las calles y almacenes leía, aplaudía, comentaba, sin temor de castigo; por la primera vez aquel pueblo leía un periódico verdaderamente patriótico.

El programa que encabezaba aquel número no puede ser más digno de elogio, ni más de acuerdo con la crítica situación del país en aquellos días, fruto de las sanas intenciones de aquellos patriotas animados por el más puro amor á la libertad:

“Difundir las luces, instruir á los pueblos, señalar los peligros que nos amenazan y el camino para evitarlas, fijar la opinión, reunir las voluntades y afianzar la libertad y la independencia, sólo puede conseguirse por medio de la imprenta.

“La circulación rápida de los papeles públicos, la brevedad de los discursos, el laconismo y la elección de las materias que los caracterizan, los hacen los más á propósito para conseguir estos fines importantes.

“Son útiles á todo pueblo civilizado y precisos en las convulsiones políticas.

“Se multiplican á voluntad, llevan á todas partes los principios, las luces, y disipan los nublados que en todo momento forman la sedición y la calumnia.

“Sólo ellos pueden inspirar la unión, calmar los espíritus y tranquilizar las tempestades.

“Cualquier otro medio es insuficiente, lento y sospechoso.”

Más adelante se encuentran palabras en que se adivina cuál era la felicidad de aquellos hombres al verse libres.

Don Joaquín Camacho entró más tarde como miembro de la Suprema Junta de esta ciudad, pero no por eso se retiró de la dirección del *Diario Político*; únicamente el trabajo para CALDAS quedó más recargado, pero eso no constituía para él una pesada carga, pues desde años antes redactaba *El Semanario*, y tenía ya el brío de periodista.

No abandonó CALDAS sus ocupaciones científicas por dedicarse á las políticas, sino al contrario, al sentirse libre sus facultades como que se despejaron más; el entusiasmo creció; no abandonó tampoco la redacción de *El Semanario*, pues estaba comprometido á dar á sus lectores unos pocos números más, en los cuales aparecían algunas importantes memorias, y así lo cumplió.

En las columnas del *Diario Político* encuentra el lector artículos asombrosos, elocuentes, llenos de justicia y de nobles sentimientos.

Las siguientes palabras aparecieron en el número 1.º:

“Ya somos libres, seamos, pues, justos.

“Extingamos para siempre las rivalidades y los odios. Apreciemos el mérito en cualquier parte en que le halleemos. Sea español, tirio, griego ó romano, si adora, si obedece, si ama con nosotros, es nuestro hermano, es nuestro amigo y es nuestro compatriota. Abramos nuestros brazos á todo hombre virtuoso; abrámoslos á los buenos españoles, á tantos españoles honrados que viven con nosotros.

“Lejos de nosotros el odio y el capricho nacional.

“Sí, démosles el ósculo de paz y de fraternidad.

“Ofrezcámosles un asilo, un gobierno, unas leyes y una patria, y si una conducta irreprochable, unas acciones virtuosas y repetidas les merecen nuestra confianza, abrámosles también la puerta de los honores.

“Un corazón americano no puede obrar de otro modo.”

Así hablaban aquellos hombres, esas eran sus reflexiones, su política de conciliación, esos eran los sentimientos que abrigan en su pecho, inspirado por la Providencia.

Ellos fueron los fundadores de nuestra república: jamás, como se debe, su memoria será venerada!

Pero entre aquella falange de bravos de todas clases y condiciones que se levantaban como al rayar el alba de la libertad, después de la noche en que estaban sumidos, los eruditos, los letrados, los que sabían lo que es la república, no eran los más; la mayor parte de aquellos soldados luchaban ferozmente por la libertad, porque veían la felicidad que les ofrecía, la buscaban con un arrojo sin igual, pero no la comprendían; no sabían en qué consiste ser libres.

“Eran los hombres de nuestra independencia almas trágicas y corazones bravíos. Nacieron á la lucha con la austeridad primitiva y feroz del medio en que vivían. Sus pasiones eran ásperas y fuertes como los árboles de nuestras montañas, á cuya sombra, contemplando el cielo, sintieron las nostalgias de la libertad y el anhelo de la lucha.”

“Soldados cuasi primitivos que cuando aprendían á escribir ya habían esculpido su nombre en la historia con la punta de su lanza ensangrentada (1).”

Los hombres de criterio sano y profundo, cuya palabra era voz de enseñanza, eran muy pocos; los que meditaban el punto con imparcialidad y desde las columnas de los periódicos ó desde las curules de la Asamblea, dejaban oír su palabra autorizada, eran contados; y CALDAS pertenecía á este número; él era de los que mejor comprendían y sabían amar la libertad:

“Pero ¿qué es la libertad? ¿Es romper todo freno y todo respeto? ¿Es sacudir el yugo de toda obligación moral y civil? ¿Es dar curso y satisfacción á las pasiones? No; éste es el *libertinaje*, ésta es la suma de todos los vicios y de todos los males. El hombre libre es el que obedece sólo á la ley, el que no está sujeto al capricho y á las pasiones de los depositarios del poder.

“Un pueblo es libre cuando no es juguete del que manda, y cuando sólo manda la ley, ‘somos esclavos de la ley para ser libres,’ dice Cicerón.

“Para ser libre es preciso ser virtuoso: sin virtudes no hay libertad; jamás se unió la libertad con las pasiones; un pueblo corrompido no puede ser libre.

“¿Queremos, pues, ser libres? Seamos virtuosos.

“Hemos tenido valor para conquistar la libertad, ¿tendremos virtudes para conservarla?”

Así reflexionaba desde las columnas del *Diario* el eminente sabio.

Su opinión era siempre de las más acertadas, porque jamás su criterio vaciló movido por la *pasión política*, sino que siempre meditaba; ni la vocinglería del populacho, ni el respeto humano, ni el propio interés influyeron jamás en sus opiniones, las cuales se dirigían al bien de la patria, y eran fruto de su conciencia pura y de su razón sana.

En la *Historia de nuestra revolución*, uno de los mejores trabajos que publicó en el *Diario Político*, al terminar la relación de los movimientos del día 20 de Julio, dice así:

“Gran Dios! ¿Cómo reconoceremos estos beneficios debidos á tu bondad? Tú nos salvaste de las manos de nuestros ene-

(1) VARGAS VILA. *Los Divinos y los Humanos*. Santander.

migos, sálvanos ahora de nuestras pasiones, inspíra dulzura, humanidad, moderación, desinterés, y todas las virtudes en nuestros corazones; tranquilíza nuestros espíritus; reúne las provincias, forma un imperio de la Nueva Granada. Nosotros te adoraremos en él; nosotros cantaremos vuestras alabanzas y os ofreceremos el sacrificio de nuestros corazones, el más grato á tus ojos."

¿ Quien estas palabras escribe no es un *genio* ? La conciencia y la razón que estas frases dictan son acaso las de un filósofo, las de un sabio ?

Su palabra en aquellos días fue de admonición; ; cuánto bien hubiera reportado esta tierra, si los artículos de CALDAS, que veía el peligro de una guerra civil en esos momentos, hubiera hallado más eco en las provincias !

Este hombre que comprendía, como nadie, la situación del país y las desgracias que sobrevendrían á los pueblos si el azote de un grave conflicto civil llegaba á estallar; él, que veía los males y peligros que acarrearía la división entre los departamentos de la nueva república, exhortaba á la conciliación, á la unión.

Su voz era tranquilizadora: veía que el pueblo loco, y como un río por largo tiempo detenido en su curso, se desbordaría, si la reflexión no hallaba puesto en esas cabezas aturdidas por la felicidad conseguida y que no alcanzaban á medir, y exhortaba al pueblo á la tranquilidad, á la reflexión, porque los momentos

de angustia y había que dejar á la Suprema Junta que obrara con detenimiento, y diera solución á infinitos problemas de trascendental importancia que tenía en sus manos y que eran la base de la organización del nuevo gobierno, y elevaba sus votos al Altísimo pidiendo para el gobierno y para el pueblo sus bendiciones y sus luces.

Su voz era de llamamiento á todos los ciudadanos: "libre es la patria, libres sois vosotros," les decía, y les pedía ayuda, de cualquier clase que fuera, para llevar á cabo la obra de conquistar la libertad para ellos mismos.

Supo, pues, CALDAS cumplir con el sagrado deber del periodista en aquellos días de agitación; supo transmitir á la posteridad la noticia de las acciones de los patriotas, y al dejar de publi-

car el *Diario*, debió sentir tranquila la conciencia, porque desempeñó sin falta alguna la misión que la patria le encomendó.

Solamente por unos pocos meses se pudo sostener la publicación del *Diario Político*, á pesar de que todos veían cuán grande era la importancia y necesaria la publicación de un periódico como ése, pero muchos inconvenientes lo impidieron: el poco expendio, relativamente, de las ediciones, la falta y carestía de útiles, etc.

CALDAS, durante esos días, continuaba, como ya dije, sus trabajos científicos; suspendida la publicación del *Diario* se retiró con más calma á gozar de las felicidades de su nuevo estado, pues en esos días había llegado su esposa de Popayán, pero siempre estaba listo á prestar ayuda en cualquier momento.

Esperanzas de mejorar le halagaban entonces; esperaba poseer pronto una imprenta encargada á los Estados Unidos, para emprender con más facilidad nuevas publicaciones científicas ó políticas; abrigaba esperanzas que le llenaban de alegría, y con sus amigos fomentaba empresas, en las conferencias que con ellos tenía en el observatorio, que era entonces el centro de reunión de sus copartidarios y á donde acudían á hacer los planes para la revolución que se preparaba, á comentar noticias, á leer la correspondencia y los periódicos y á soñar en el porvenir que les aguardaba.

Así como acudió CALDAS al llamamiento que la patria le hizo para que en su favor esgrimiera la pluma, para dar rumbo fijo á la opinión y para ilustrar el criterio del pueblo, así también tuvo que acudir al nuevo llamamiento que le hizo Nariño en nombre de la república, al encargarse del poder en 1812 como presidente de Cundinamarca, para que admitiera el nombramiento de *capitán de ingenieros cosmógrafos*, y estuviera listo para marchar al campo de batalla.

Desde ese momento CALDAS fue un soldado valiente y digno; dejó á un lado el observatorio, que era el campo de sus investigaciones, para cambiarlo por el del combate; el compás con que había medido el firmamento, le sirvió para levantar planos; la pluma con que marcaba un rumbo á los patriotas, y la espada, para ser el guía de un cuerpo de valientes, fueron sus armas; dejó la levita del cívico para vestirse la chaqueta del militar, en

cuyo pecho no tardaron en brillar las insignias del hábil soldado, y ya en sus expediciones no iba cargado del barómetro ni de la brújula, sino del morral y del antejo de larga vista.

La misión de CALDAS como guerrero fue tan grande como la del mejor patriota; él no fue solamente el soldado que puso el pecho á las balas enemigas é hizo pisar á su corcel las pampas donde estuvieron acampados los españoles, sino que fue el ingeniero que se dedicó á estudios militares; con los conocimientos que poseía y los nuevamente adquiridos, veremos cuántos adelantos hizo. Tan favorables á la causa de la independencia fueron sus servicios, que no cualquiera hubiera podido reemplazarlo porque, como dije antes, el número de los ilustrados era corto, y CALDAS estaba llamado á instruir á la tropa en la ciencia de la guerra.

Se dedicó al estudio de la artillería, de la fortificación permanente y de campaña, del ataque y defensa de plazas, de la construcción y levantamiento de cartas militares, etc.

En el mes de Marzo de 1812 marchó en dirección al norte, incorporado en las tropas que envió el general Nariño, á órdenes del general Baraya.

No hay para qué repetir en este lugar la historia de los trastornos de aquellos años entre los gobiernos de Tunja y Cundinamarca.

Se proponía CALDAS escribir una relación en forma de cartas á sus amigos, titulada *Viaje al norte de Santafé de Bogotá*, en la que dejaría escritas todas las observaciones é impresiones de la correría, trabajo que, una vez comenzado en Tunja, no pudo continuar por el pronunciamiento de la compañía á que pertenecía, en contra del gobierno de Cundinamarca, el 25 de Mayo de 1812, en Segamoso.

“El desagrado que los pueblos mostraban en general por la privación de su gobierno propio y su incorporación á Santafé; las protestas de las provincias de Pamplona y Casanare de unirse á Venezuela, si las querían forzar á dicha incorporación; las reclamaciones enérgicas de los gobiernos de Cartagena y Antioquia contra la política de Santafé, y sobre todo, una enérgica excitación al mismo gobierno por el de Caracas, creo que decidieron á Baraya y á los principales oficiales de su columna, á

negar la obediencia al Presidente Nariño, si persistía en querer reunir por la fuerza á las provincias” (1).

CALDAS era federalista puro, pero ante todo prefería el bien de la patria; firmó con sus compañeros de oficialidad, Santander, Ayala, etc., el acta de Segamoso; el 3 de Diciembre peleó en Ventaquemada; los atrincheramientos de la quebrada de Baróná y demás preparativos para esta batalla, fueron dirigidos por él, como ingeniero; por el triunfo que allí obtuvieron sobre las armas de Nariño, resolvieron seguir sobre Santafé; la mala suerte de su causa en el combate de San Victorino, el 9 de Enero de 1813, motivó la retirada de CALDAS á Antioquia por la vía de Ibagué.

Es preciso recordar aquí cuál fue la conducta de CALDAS con relación al ataque sobre Santafé: él, como varios oficiales notables de su compañía, se opuso abiertamente en consejo de guerra á atacar, del modo como Baraya quería, esta ciudad; él era partidario de los arreglos que varias veces propuso el General Nariño, pero Baraya no oyó su voz, obstinado como estaba en su opinión.

Más tarde, el 4 de Mayo del mismo año, escribía CALDAS á don Benedicto Domínguez, desde Cartago, lo siguiente:

“Después que Baraya tuvo el arrojo de atacar temerariamente á Santafé, contra mi voto expreso, y contra el de los mejores oficiales de la Unión, yo no puedo vivir en ese suelo querido, pero manchado con la sangre inocente de tantas víctimas sacrificadas á la obstinación y la ignorancia.

“Bendito sea Dios: mis votos fueron pacíficos: no debo ninguna de las muertes ejecutadas el día 9 en Santafé,” palabras que lo vindican de cualquier cargo que se le quisiera hacer por las irregularidades de entonces; fue enemigo acérrimo de llevar la división hasta entrar á sangre y fuego, como decía Baraya, á esta capital; y desalentado, desilusionado por tales acontecimientos, decía en la carta antes citada: “Ya el Observatorio se acabó para mí...,” frase que, en boca de CALDAS, que era un idólatra de las ciencias, es increíble si no se tiene en cuenta su

(1) F. DE P. SANTANDER, *Apuntamientos para las memorias sobre Colombia y la Nueva Granada*.

estado de ánimo entonces ; tenía el corazón despedazado al ver el horror de la guerra civil.

Pensaba retirarse á la vida privada, pero llamado con instancia por los patriotas, pasó por Supía á Antioquia.

Allí fue recibido debidamente, y sabedores de sus dotes, ilustración y patriotismo, le reconocieron el título de coronel de ingenieros, que le había conferido el Congreso en Tunja.

A órdenes del valiente dictador Juan del Corral, el alma de la revolución en Antioquia, y ayudado por su amigo y colega Francisco Antonio Ulloa, CALDAS inició una serie de servicios á la patria, en que desplegó todo el brillo de sus facultades.

En 1813, cuando las tropas de Símano amenazaban seriamente la causa de los patriotas, pues habían invadido gran parte del departamento del Cauca, CALDAS, recientemente llegado á Antioquia, fue recomendado por el Gobierno para fortificar los pasos del río Cauca, llamados de la Cara y Bofú.

En el momento CALDAS, acompañado del hábil militar don Liborio Mejía, con la misma arrogancia con que años antes había explorado las selvas de los Andes y subido al cráter de varios volcanes, salió á desempeñar la importante comisión que el Gobierno puso en sus manos, convencido como estaba éste, de que el resultado sería favorable, dadas las habilidades del comisionado.

“ En el escarpado cerro que domina á Bofú levantó un fuerte de faginas y piedra, con doble recinto flanqueado hacia el frente, con baterías para once piezas de artillería y parapetos para fusilería, y con ranchos para cuarteles y almacenes; además de un espaldón aislado y cubierto, en posición dominante, para un mortero, con tronera para otra pieza.

“ En la Cana, en Arquía y en otros dos puntos importantes, construyó otros cuatro fortines para infantería y artillería, con buenos parapetos, fosos y pozos de lobo, debidamente resguardados. Levantó también la carta militar de la línea fronteriza para que se tuviese presente en las operaciones de defensa, y á virtud de estos trabajos, quedó asegurada por aquel lado la provincia ” (1), de todo lo cual dio cuenta el gobierno del estado de Antioquia, con fecha 28 de Septiembre de 1813.

(1) LINO DE POMBO. *Biografía de CALDAS.*

De acuerdo con del Corral, montó en Medellín y en Rionegro fábricas de pólvora, nitrerías, fundición de cañones, máquinas de taladrar fusiles, etc.; del mismo modo que había ideado un telescopio con materiales viejos, por no encontrar uno extranjero, ideó máquinas de guerra, porque era imposible encargarlas en tan dificultosa situación al exterior; y todas las artes de guerra europeas las adaptó á las necesidades del momento.

Fundó una casa de moneda en Medellín, que prestó importantes servicios por mucho tiempo al país; y todo cuanto estaba á su alcance y reputaba útil á la causa de la independencia, lo ideaba y lo ponía en práctica.

Objeto de largo y detenido estudio sería el apuntar aquí todo lo que hizo en la maestranza de Rionegro; se le presentaban dificultades á cada paso, pero como él ya era veterano en la materia, por estar acostumbrado á luchar contra todo, las vencía fácilmente; “obstinado en su empresa, armado de paciencia y sepultado más de doce meses entre los carbones y hollines de la maestranza de Rionegro, preguntándole á la naturaleza y arrancándole sus secretos á fuerza de observaciones y de experiencia,” el 8 de Agosto de 1815 pudo dar al Gobierno del Estado magníficos informes sobre los resultados que iba obteniendo en su ardua y patriótica empresa.

En el año de 1814 fundó CALDAS en Medellín una academia de ingenieros militares, donde se educaron muchos jóvenes, quienes después de haber oído de boca del sabio las extensas y profundas conferencias sobre fortificaciones, ataques, defensas y demás ramos de la ingeniería militar, al par que infundía en su alma el entusiasmo por la causa de la libertad, salieron más tarde á prestar importantísimos servicios en los campos de batalla.

CALDAS, al dar principio al curso militar de ingenieros, pronunció un discurso preliminar, que es una prueba más de su sólida sabiduría; aquel discurso es digno de ser firmado por cualquiera de los grandes militares del mundo; se dirige á la juventud que va á educarse en la academia; cada frase es una enseñanza para la vida; aquella pieza magistral constituye un tratado completo sobre lo que es y debe ser el soldado; aún más: sobre lo que es y debe ser el hombre.

Diserta sabiamente sobre el honor, la gloria, el valor, la obediencia, el secreto, la paciencia, la abnegación, el celo, la vigilancia, las costumbres... todo lo que tiende á honrar al soldado, y al engrandecimiento de la patria; da muestras en este discurso de sus extensos conocimientos en milicia; hace en él filosóficas exhortaciones sobre la conducta que el joven debe seguir; aquello es un tratado de moral; aquel discurso lo coloca muy alto en el número de los grandes oradores; no cualquier escritor hace un discurso igual á éste, porque se necesita una completa ilustración, y lo que es más, un profundo conocimiento de la vida, se necesita ser un verdadero psicólogo.

Todo soldado colombiano debería llevar bajo su brazo esa pieza como su guía de conducta para la vida pública y privada. Para las campañas, para los conflictos, para todos los supremos momentos de la vida se encuentran allí reglas y consejos llenos de verdad y de sabiduría.

Los estudios que se hacían en la academia eran completos; fuera de aritmética, geometría, trigonometría, álgebra, conocimiento de la parábola, etc., se estudiaba arquitectura militar y fortificación, artillería, arquitectura hidráulica, geografía militar, táctica y arquitectura civil, en los cuales los alumnos aprendían la manera de fortificar plazas, montaje de cañones, fundición, torno, taladro, acueductos, molinos, canales, diseños, grabado, planos y cartas militares, puentes, calzadas, etc., y al terminar el discurso de instalación, CALDAS repetía aquellas palabras de Pluche:

“Todos estos conocimientos son útiles y necesarios á un militar que debe despreciar esas sutilezas estériles y sólo ocuparse del hombre, porque la ciencia de sus necesidades y los medios de remediarlas, es lo que hace verdaderamente sabios.”

Así se expresaba el ingeniero general del Estado de Antioquia FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS; de la misma manera que fue un gran astrónomo y un físico consumado vino, á pesar de su natural pacífico, pues amaba ante todo la paz, y jamás se había ocupado de la milicia, á ser un verdadero militar, instruído y valeroso, digno de figurar al lado de Cohorn, de Keller ó de Epaminondas.

La historia dirá que del Corral y CALDAS fueron de los hombres más activos de aquella revolución; Antioquia, con esos dos

hombres á la cabeza, no tardó en ser la primera provincia de la Nueva Granada, por la administración y destreza en los negocios de la guerra.

A fines de 1815 regresó CALDAS á esta ciudad llamado por el gobierno á establecer una escuela militar y á continuar los trabajos científicos, pero pronto tuvo que regresar al Sur, pues la causa republicana tenía que sufrir dura persecución en 1816; él fue uno de los que emigraron al Cauca á buscar salvación: se acercaba la época más terrible que ha visto esta tierra; necesaria, si se quiere, pues para llevar á cabo empresas tan sublimes como la libertad de América, se necesita del sufrimiento, de las duras pruebas de los patriotas.

No hay historias particulares, ha dicho un eminente escritor colombiano—Diego Mendoza Pérez.—Y cuando se quiere, por ejemplo, hacer la biografía de un personaje que ha influido en los destinos del país, se estudia la historia de ese país desde un punto de vista determinado; por eso al hacer una biografía de CALDAS es imposible dejar de apuntar algunos datos sobre la dominación española en América, sobre la tiranía y crueldades de algunos conquistadores y gobernantes. Y al llegar á este punto de la biografía del sabio, me es imposible no hacer alusión al reinado del terror que implantaron los pacificadores Pablo Morillo y Pascual Enríle en 1816, con el intento de reconquistar para el rey de España estos países.

Quisiera pasar por este punto sin volver la mirada á aquel año siniestro; el corazón se oprime al recordar las crueldades sangrientas que los españoles consumaron en nuestro suelo.

La causa de los patriotas flaqueaba... seis años consecutivos de revolución y de revueltas civiles, bastaron para que el país quedara exhausto; ni elementos de guerra, ni batallones, ni víveres para ayudar á los vencidos; y lo peor de todo: el ánimo del pueblo decaído: no había entusiasmo sino por parte de los principales patriotas; es triste recordarlo, pero un pueblo que jamás habla guerreado sintió el cansancio del combate y el anhelo del descanso.

Las fuerzas revolucionarias se dispersan; el presidente Torres renuncia; Fernández Madrid, encargado del gobierno, con unos pocos patriotas se dirige al sur á hacer un nuevo esfuerzo; Serviez se retira á Casanare; la heroica Cartagena sufre los

rigores de un espantoso sitio ; muchos ciudadanos emigran á diferentes lugares ; al paso que el ejército expedicionario ocupa casi todo el país y derrota á los patriotas ; peligros sin cuento amenazan la muerte de la causa republicana.

CALDAS, después de la derrota sufrida en la Cuchilla del Tambo, el 29 de Junio de 1816, y de ser tomada por los españoles la ciudad de Popayán, quiso huír á Buenaventura á embarcarse en compañía de los patriotas Torres, Torices y otros ; pero el esfuerzo fue inútil ; ya las fuerzas de Sámano, Warleta, Tolrá, habían invadido el Cauca ; en la hacienda de Paispamba, aquel lugar sagrado y querido para CALDAS, donde había vivido su familia, donde había hecho sus primeros ensayos científicos, allí, en ese lugar bendito, quiso ocultarse para escapar de la cuchilla del pacificador ; pero hasta allí llegó la mano profana de sus enemigos, y fue aprehendido con algunos compañeros por el jefe patiano Simón Muñoz.

En el trayecto de Paispamba á Popayán propuso Muñoz á CALDAS que huyera á Quito, donde gobernaba el español Toribio Montes, quien estaba interesado por su salvación ; pero semejante propuesta fue un insulto arrojado á su dignidad, desde el momento en que para los compatriotas que con él iban presos no había también tal salvación, y estaba resuelto, como hombre de entereza y de carácter, á correr la suerte de sus compañeros.

En la ciudad de Popayán también había gran interés por que CALDAS pudiera huír ; el gobernador de Quito envió á la señora Juana Sánchez la suma de cuatro mil pesos (\$ 4,000) para que se comprara la guardia que lo custodiara en Popayán, á fin de que pudiera escapar ; se le comunicó la idea, diciéndole que la guarnición estaba dispuesta á ayudar en tal sentido ; que se le facilitaría un hábito de fraile para que saliera del cuartel, fondos, camino seguro á Quito, etc. ; su familia y sus amigos le regalaron llevara á cabo la fuga que se le proponía ; tal era la estimación inmensa y el cariño de que gozaba, que hasta las mismas autoridades españolas arriesgaban la complicidad en la fuga de la prisión ; pero él, que por proporcionarse un placer ó una comodidad jamás había cometido una deslealtad, por que fue de los hombres que mejor comprenden lo que es la amistad, rehusó enérgicamente por segunda vez la propuesta, y aunque sabía que le esperaba el cadalso, no vaciló ; siguió con sus compa-

triotas preso á esta ciudad, que á la sazón era el teatro de las crueldades de Morillo.

Cuando me transporto con la imaginación á aquellos días que permaneció en esta ciudad aquel hombre, y hago un recuento de su vida y de su campaña militar en América, mi espíritu siente el vértigo del horror ; no encuentro palabras para hablar de él y de su conducta, y repetiré con el prócer Fernández Madrid: "Morillo era un Nerón y cada uno de sus soldados era un Morillo."

No recordemos esas escenas sangrientas ni ese hombre que acabó con lo más precioso de la sociedad de Santafé ; este no es lugar de recuerdos amargos ; en estos días del centenario más glorioso para nosotros, debemos perdonar, no suscitar rencores ; este sería un modo indigno de celebrar tan patriótica fiesta.

NICOLÁS GARCIA SAMUDIO

(Concluirá).

Los héroes del Caquetá

Esta REVISTA ha procurado mantenerse alejada de los asuntos políticos que dividen á los colombianos, pero no puede callar cuando se trata de la honra, de las glorias, de los infortunios de la patria.

Enviamos nuestro humilde aplauso y el testimonio de nuestra admiración y gratitud al heroico general ISAÍAS GAMBOA y á sus denodados compañeros, que luchando uno contra diez, sostuvieron, en las riberas del Caquetá, el honor de Colombia, renovando las hazañas de nuestros antiguos soldados.

Si llegare el día en que fuere preciso defender con las armas nuestros derechos desconocidos por un invasor extranjero, los hijos del Colegio del Rosario esperamos probar que no se ha enfriado en nuestras venas la sangre de nuestros mayores, ni hemos puesto en olvido los ejemplos de los que nos precedieron en estas mismas aulas.